

# Textos, audiencias y medios de comunicación: la persistencia de las preguntas<sup>a</sup>

*Texts, audiences and media:  
The persistence of questions*

CARLOS SANDOVAL GARCÍA<sup>b</sup>

Universidad de Costa Rica. San José – Costa Rica

## RESUMEN

Este artículo se interroga por cambios y permanencias en los modos en que se analizan los vínculos entre medios de comunicación, poder y sociedad a propósito de los ecosistemas comunicativos hoy llamados tradicionales, como la prensa, la radio y la televisión, y las plataformas digitales que se han consolidado en el siglo XXI. En particular se presta atención a tres perspectivas: la capacidad de los discursos para interpelar a audiencias, la actividad de las audiencias y el papel de las industrias comunicacionales. La investigación académica sobre los vínculos entre medios, poder y sociedad requiere reparar los cambios entre lo “tradicional” y lo “nuevo”, y las permanencias. Asimismo, se sugiere una apropiación crítica de las trayectorias de investigación de estos vínculos, para que no se reproduzcan algunos de los “callejones sin salida” transitados décadas atrás.

**Palabras clave:** Discursos, medios, audiencias

## ABSTRACT

This article examines changes and permanences in the ways in which the links between media, power and society are analyzed in relation to the communication ecosystems that are nowadays called traditional, such as the press, radio and television, and the digital platforms that consolidated themselves in the 21st century. In particular, attention is paid to three perspectives: the capacity of discourses to challenge audiences, the activity of audiences and the role of communication industries. Academic research on the links between media, power and society requires repairing the shifts between the “traditional” and the “new,” and the permanences. Likewise, a critical appropriation of the trajectories of research on these links is suggested, so as not to reproduce some of the “dead ends” identified decades ago.

**Keywords:** Discourses, media, audiences

<sup>a</sup> Quisiera agradecer al Dr. Raúl Fuentes Navarro, mi apreciado director de tesis de maestría, finalizada hace treinta años, la invitación a participar en este número de la revista **MATRIZES**.

<sup>b</sup> Doctorado en Estudios Culturales por la Universidad de Birmingham. Docente en la Escuela de Ciencias de la Comunicación Colectiva de la Universidad de Costa Rica. Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-7660-4375>. E-mail: [carlos.sandoval@ucr.ac.cr](mailto:carlos.sandoval@ucr.ac.cr)

**T**RASCENDER LA SEPARACIÓN entre el análisis de discursos, el estudio de las audiencias y de las mediaciones o soportes técnicos ha sido y continúa siendo un reto indispensable en los estudios de la comunicación. El punto de partida es que la comunicación es, en lo esencial, una relación, usualmente cruzada por relaciones desiguales de poder, en la cual se producen significados intersubjetivos que otorgan sentido a la experiencia vivida.

Para ello, se analizan algunas corrientes o tendencias metodológicas en el estudio de los medios de comunicación tradicionales y, posteriormente, se plantean interrogantes similares para las plataformas digitales. En primer lugar, se repasa en el auge del análisis crítico del discurso que encontró en la teoría de la ideología su referente principal. Las ideologías, materializadas en discursos, interpelan a los individuos y los constituyen en sujetos. La crítica principal al análisis fundamentado en la teoría de la ideología sostenía que el sujeto no es interpelado por un solo discurso ni que la conformación de subjetividades es resultado no solo de discursos, sino también de prácticas, vínculos intersubjetivos y experiencias. En segundo lugar, esta crítica despertó un interés creciente por el análisis de las audiencias, es decir, el estudio de cómo los discursos se engarzan en la vida cotidiana de grupos sociales específicos. Se trataba de analizar pues contextos y mediaciones que intervienen en la recepción, apropiación y significación de mensajes. La principal crítica al estudio de las audiencias es que se tiende a trazar una suerte de péndulo, pues si antes el discurso tenía un peso considerable, en la perspectiva del análisis de audiencias, el primero aparece más bien difusamente como si la interpelación estuviese en un segundo plano. La actividad de las audiencias se asumía, con cierta frecuencia, como sinónimo de “agencia” y crítica de los discursos.

En tercer lugar, con el advenimiento de los nuevos medios también llamada remediación, la digitalización y la convergencia de medios, tanto el análisis del discurso como el de las audiencias son también debatidos. En lo fundamental, al menos con el inicio de las plataformas digitales se insistía en que el análisis del discurso habría perdido sentido en la medida en que ahora hay muchos discursos disponibles y, en consecuencia, difícilmente se puede hablar de un discurso dominante. Es decir, la multiplicidad de medios y mediaciones estaría produciendo pluralismo tanto en la oferta de las plataformas como en la conformación de las audiencias.

Frente a estas tres disyuntivas, discursos, audiencias y medios, este artículo sugiere que más alentar una estrategia pendular, ahora en torno a plataformas digitales, en la que un énfasis en una dirección alienta un desplazamiento en dirección contraria, de lo que se trata es de mantener una tensión productiva

entre estas tres perspectivas de análisis, las cuales no se bastan a sí mismas ni agotan las preguntas de investigación.

### CON/TEXTOS: UN PREÁMBULO NECESARIO

Si bien “globalización” forma parte del vocabulario de las ciencias sociales, la política y la conversación cotidiana, y que se reitere la existencia de una sobreabundancia de información, lo que se ha vuelto “global” es una pequeña parte de la oferta cultural y académica. Es decir, “globalización” a menudo implica la circulación de corrientes principales (*mainstream* se dice incluso en castellano), muy lejos de vínculos de doble vía. El “Sur Global”, como se le llama ahora a lo que antes conocimos como Tercer Mundo, es más objeto de estudio que sujeto de interlocución.

En el caso de América Latina, a menudo se tiene presente los países de mayor extensión geográfica. Lejos de ser exclusivo de los estudios en comunicación, es frecuente también entre las ciencias sociales de mayor vocación empírica como la historia o la antropología. Mientras tanto, Centroamérica o América Central y el Caribe pesan muy poco en el conjunto de los estudios sobre América Latina, bien sea desde la misma región o desde el llamado Norte Global. No se trata, por supuesto, de una generalización grosera, pues hay colegas que por décadas han realizado investigación sobre el istmo centroamericano y acá se sienten “en casa”.

A su vez, hay una suerte de identificación desde el Sur Global con las ciencias sociales que se practican en el llamado mundo desarrollado. Como perceptivamente señala Dipesh Chakrabarty (2000, p. 29): “La paradoja cotidiana de la ciencia social del tercer mundo es que *nosotros* hallamos esas teorías [del primer mundo], a pesar de su ignorancia inherente de nosotros, eminentemente útiles para comprender nuestras sociedades”. Mientras tanto, conocer acerca de las ciencias sociales que se practican en Centroamérica no es ni de lejos un imperativo frecuente en el Norte Global. Publicar “allá” sobre temas de “acá” se considera deseable; más si se publica en inglés.

Mi propio contexto institucional da cuenta de esta paradoja, pues mi trabajo surge a partir de mi experiencia de investigación, docencia e incidencia en Costa Rica, pero no es fácil construir vínculos en América Latina. A su vez se ha beneficiado de la trayectoria de los estudios culturales, particularmente en Birmingham, Inglaterra. Esta doble locación es ciertamente paradójica, pues Centroamérica o para el caso América Central no se lee como estudios culturales, sino especialmente como *estudio de área*, ni suele estar en la agenda de las ciencias sociales en América Latina.

Explicitar estos vínculos entre poder y conocimiento no aboga por un nacionalismo o esencialismo regionales, según los cuales las especificidades de América Central o inclusive América Latina no admitirían diálogos y apropiaciones de tradiciones que hubiesen tomado forma en otras latitudes. Por el contrario, contribuciones de las ciencias sociales europeas o norteamericanas han explicitado la paradoja entre el predominio de rasgos patriarcales y racistas en nuestras sociedades y, hasta hace pocas décadas, su poco reconocimiento en la investigación académica (Mattelart, 2007). El mundo moderno, usualmente referido a Europa, requiere *provincializarse* (Chakrabarty, 2000), pero ello no implica descartar sus contribuciones.

Estas consideraciones son útiles para situar las páginas siguientes y su carácter necesariamente selectivo, las cuales, más que resultado de una investigación sobre la investigación (Fuentes-Navarro, 2015), constituyen reflexiones a partir de la práctica de la docencia, la investigación y la extensión universitarias, las cuales no excluyen grises o casos que se alejan de lo apuntado acá.

### DISCURSOS: LA IDEOLOGÍA COMO INTERPELACIÓN

El análisis del discurso toma auge con el estructuralismo. La lectura binaria de textos fue una herramienta muy sugerente; lengua/habla, significante/significado, denotación/connotación, manifiesto/latente son acercamientos siempre muy incisivos para comprender los alcances de los discursos. Una de las contribuciones más relevantes de la tradición estructuralista es la tesis de que las estructuras y formas narrativas más que incluso los contenidos son centrales en los discursos sociales (Eco, 1974). Es decir, mientras las lecturas convencionales enfatizan lo explícito, la tesis estructuralista diría que las estructuras discursivas prevalecen más allá de contenidos manifiestos. La lectura elaborada por Roland Barthes (1986) acerca de los mitos ilustra muy bien las posibilidades del análisis estructuralista. En América Latina, por ejemplo, indistintamente de qué telenovela mexicana se trate, a menudo hay constantes narrativas que tienen un enorme peso, tales como los rasgos étnicos de las personas protagonistas, el tipo de conflictos que se desencadenan y el desenlace usual (Martín-Barbero & Muñoz, 1993).

El auge estructuralista mantuvo una relación enriquecedora con los debates acerca de la ideología, en particular con los trabajos de Louis Althusser (1988). A inicios de la década de 1980, la lectura de Althusser hacía énfasis en la noción de *aparato*, la cual servía para situar a los medios de comunicación como parte de las estructuras del poder. La principal crítica era en dirección de una suerte de *funcionalismo de izquierda* (Martín-Barbero, 2001), según la cual

todas las instituciones confluyen en la reproducción inexorable del sistema capitalista. Mientras tanto, la noción de interpelación, según la cual la ideología constituye a los individuos en sujetos, posiblemente una de las contribuciones más sugerentes asociadas al concepto de ideología (Larraín, 2010), no tuvo la misma centralidad.

Desde la interpelación, el análisis no se reduce o no se debería reducir a los atributos del discurso mismo, sino que se interroga acerca del vínculo entre discursos y constitución de subjetividades. Es decir, el análisis del discurso es valioso en sí mismo, pero sobre todo en cuanto permite contribuir a la comprensión de la configuración de sujetos y subjetividades en determinados contextos socioculturales.

Sin embargo, el tipo de análisis crítico del discurso que suele practicarse en la actualidad, con frecuencia asociado a las contribuciones de van Dijk (1990), no siempre incluye entre sus preocupaciones principales la interpelación, en cuanto fenómeno que requiere analizarse empíricamente y no solo asumirse como una especie de supuesto.

A su vez, una de las críticas al concepto de interpelación es que parece suponer que el sujeto es interpelado por un solo tipo de discurso (Morley, 1980b), cuando más bien suele ser el caso que varios discursos interpelan a sujetos y grupos específicos y no siempre en una misma dirección ni con la misma intensidad. A menudo, las interpelaciones articulan discursos en dominancia, es decir, ciertos repertorios tienden a tener más preeminencia y peso que otros. Cómo ciertos discursos interpelan en términos de clase, género, sexualidad, etnicidad, generación o articulaciones de éstas (Hall, 2010) en el plano discursivo y respecto a grupos sociales específicos no suele ser materia frecuente de investigaciones empíricas.

Si el concepto de interpelación, aún y con las críticas mencionadas, queda al margen de las interrogantes del discurso, puede generarse un tipo de análisis en que la dimensión textual tiende a desprenderse o desligarse de otros procesos y prácticas sociales.

En qué condiciones, por ejemplo, el populismo autoritario (Hall, 1979) interpela a amplios sectores de las sociedades centroamericanas y de otras regiones es hoy una pregunta empírica y política de primer orden que no se puede responder si no ubicando el auge populista en el contexto del debilitamiento de la democracia electoral y del incremento de desigualdades.

El auge del estructuralismo, una referencia teórica decisiva en muchas corrientes de análisis del discurso, tomó forma en tensión, a veces explícita a veces implícita, con el culturalismo, para el cual la experiencia más que los discursos configuran subjetividades (Hall, 2010). El concepto de experiencia,

por el contrario, permite apreciar las diversas fuerzas y experiencias sociales que toman lugar en vida social (Thompson, 1982).

La principal objeción que desde el estructuralismo o el posestructuralismo se anota en el culturalismo es el suponer que la experiencia *per se* configura sujetos. Si la experiencia no se elabora desde narrativas, lo vivido puede estar latente, pero no logra incorporarse biográficamente, apropiarse. La vivencia tiene que convertirse en significación a través del lenguaje (Brah, 1999; Scott, 1992). Una conclusión es que posiblemente, como en muchos casos, la tensión entre culturalismo y estructuralismo no tenga que ser una suma cero ni que se tenga que elegir uno y otro punto de vista. Si el riesgo del estructuralismo y años después de las variantes del posestructuralismo podría ser descrito como el disolver lo social en discursos o lenguajes, el culturalismo podría recoger dificultades asociadas a ciertas formas de empirismo o esencialismo que suponen que ciertas configuraciones están dadas por el solo hecho de vivirse.

En síntesis, podría decirse que la interpelación permite el análisis empírico de cómo efectivamente los discursos, a partir de una estructuración en dominancia, compelen, en ciertas formas, a individuos. La limitación es que pareciera reducir la constitución de subjetividades en torno a discursos predeterminados. Es decir, otras formas de constitución de subjetividad no se asumen como preguntas. Por otra parte, las contribuciones estructuralistas dejan también un saldo positivo y éste podría ser resumido como la constatación de que el lenguaje es constitutivo de la vida social; el riesgo, como ya se anotó, es presumir que la vida social se pueda disolver en lenguaje.

#### **AUDIENCIAS: DE LA IDEOLOGÍA A LA CULTURA Y LA VIDA COTIDIANA**

El análisis del discurso no basta para acercarse al estudio de la interpelación. Es decir, indagar el discurso no agota el análisis de las formas concretas de análisis de la interpelación. Stuart Hall, retomando una tipología previamente elaborada por Frank Parkin, sistematizó una tipología de formas de codificación y decodificación que se cita aún con frecuencia y que podría decirse explícita la importancia del análisis de los procesos de recepción, significación y apropiación de discursos (Hall, 1980; Hall & O'Shea, 2013). Se apunta que todo discurso se escribe en dominancia, es decir, que todo texto sugiere una forma de ser leído. A su vez, se anota que todo texto emplea formas de enunciación a través de las cuales se alude a audiencias específicas. Así, hay lecturas que se pueden considerar dominantes, pues reproducen la intencionalidad del texto; otras son negociadas porque asumen ciertas premisas de un determinado discurso, pero no otras.

Una tercera posibilidad son aquellas lecturas de oposición, en que se refuta lo que el discurso propone.

La tipología propuesta por Hall (1980) es ampliamente citada y, a lo mejor, poco leída críticamente. Dos de las observaciones que se le han hecho es que se concentra a lo mejor muy directamente en la significación y no se repara lo suficiente en el análisis si se quiere más fenomenológico de cómo se construyen vínculos con los medios, los cuales son anteriores si se quiere a la significación. La segunda observación es que no analiza los procesos de apropiación que se derivan de las formas de lectura. Es decir, cómo se incorporan, por ejemplo a través de mecanismos de proyección e identificación (Abril, 1997), los discursos de los medios en la conformación de subjetividades.

Además, los discursos se leen textual o gramaticalmente (Lotman, 1996). Las telenovelas en América Latina tienden a leerse más textualmente, es decir, cada telenovela es un caso en sí. Las audiencias no siempre advierten sus constantes narrativas, como tampoco reconocen las similitudes de las narrativas mediáticas sobre fútbol o violencia criminal.

Con todo, es importante anotar que el planteamiento de la codificación y decodificación dio lugar a una buena cantidad de estudios, entre los cuales sobresalen los de Morley (1980a), Radway (1984) y Ang (1991). Algunas de las conclusiones generales podrían apretujarse en las siguientes consideraciones: La recepción depende no solo de factores asociados al texto y al discurso, sino también a factores socioculturales, en los que se insertan los medios (los valores e imaginarios sociales predominantes), los rasgos de quienes participan (clase, sexualidad, género, etnicidad, generación), a factores del entorno en los cuales se establece vínculos con cierta programación de los medios (hogar, espacios públicos), factores asociados a los medios mismos (la televisión, la radio y hoy plataformas y redes sociales), entre los factores más relevantes (Orozco, 1991).

Un segundo tipo de análisis, siguiendo la distinción propuesta por Silverstone (1996), estaría conformado por aquellos estudios que acentúan el análisis de la audiencia misma. Aquí el énfasis está en identificar las comunidades interpretativas desde donde se vinculan las audiencias con los discursos. Interesa analizar las rutinas y los rituales a través y desde los cuales grupos se vinculan con los medios y los discursos. Esta alternativa surge desde tradiciones si se quiere más fenomenológicas en las cuales más que colocar el acento en la significación, la prioridad gira en torno al análisis de cómo los medios se imbrican en rutinas y espacios cotidianos. Se trata de analizar la integración vivencial de la televisión y en general de los medios en la vida cotidiana (Silverstone, 1996, p. 20). Silverstone (1996) propone la tesis de que los medios constituyen una variante de objetos transicionales a través de los cuales los individuos interactúan con

el entorno; producen pues seguridad ontológica en que lo social y lo simbólico interactúan constantemente.

Si se tratara de contrastar algunos rasgos de la investigación centrada más en el discurso y estudios centrados en las audiencias a partir del modelo de codificación-decodificación, se podría concluir que, por lo general, los primeros tienden a enfatizar la estructuración en dominancia de todo discurso, es decir, la capacidad de un discurso para sugerir una cierta lectura. Mientras tanto, desde una perspectiva centrada en las audiencias, el acento tiende a colocarse en los factores contextuales presentes en la recepción y en el papel activo de las audiencias (Nightingale, 1996; Orozco, 1991).

Una de las dificultades de ambas elecciones es que el método tiende a incidir en los resultados. Es decir, concentrarse en el discurso tiende a resaltar sus rasgos y de manera similar, el acento en las audiencias acentúa el dinamismo de estas. Por ejemplo, la interpelación efectivamente existe; el reto es cómo situarla en un contexto más amplio sin por ello desmerecer su presencia. De igual manera se podría decir que las audiencias son activas, aunque de ello no se sigue que sean necesariamente críticas.

En lo que toca al análisis de audiencias, un reto recurrente, antes y ahora, es qué se entiende por *actividad*. Por una parte, es indiscutible que la recepción no es una actividad pasiva, sobredeterminada por la interpelación de los discursos. Por la otra, actividad no es, a priori, sinónimo de agencia o resistencia. A la base de esta dicotomía subyace el enorme reto de refutar los determinismos sin ignorar las determinaciones. De igual importancia es el reconocer que si bien el poder es relacional y ello implica que distintos actores disponen de diferentes recursos de poder, ello no implica ignorar las profundas asimetrías en términos de recursos y oportunidades. El poder de las audiencias es indiscutible, pero este adquiere más relevancia cuando trasciende las acciones individuales y se expresa en acciones colectivas. De otro modo, podría asumirse que la sumatoria de pequeñas acciones *per se* es suficiente para desafiar órdenes establecidos, como si el todo fuese solo resultado de la sumatoria de las partes. En términos del análisis del discurso, es indispensable no perder de vista que hay matrices discursivas en las cuales se inscriben ejemplos concretos de enunciados.

Dichas matrices corresponderían a formaciones discursivas (Foucault, 2005) o macroestructuras (van Dijk, 1990), tradicionalmente llamadas ideologías, sin lo cual puede ocurrir una suerte de individualismo metodológico, según el cual personas o grupos se usan y encuentran gratificaciones con enunciados específicos, los cuales se asumen como si no formasen parte de formaciones de mayor alcance, sedimentadas en determinadas condiciones socioculturales. El concepto de hegemonía puede ser un modo de superar tanto el sobreinterpretar



la actividad de las audiencias o de los discursos, así como para las enormes y crecientes disparidades de poder especialmente entre grupos ciudadanos y corporaciones mediáticas (Williams, 1988).

En América Latina, durante buena parte de la década de 1990, el acento estuvo puesto más en el estudio de las audiencias y se reparó poco en que dicha actividad, si bien es resaltable pues previene análisis deterministas, se realiza sobre discursos que no son elegidos, la mayoría de las veces, por las audiencias. Como concluía Ramón Zallo (1992), el incremento de los medios, y hoy de plataformas, no se traduce en una mayor oferta relativa. Es decir, a menudo, se elige entre variantes de lo mismo. Los selfies, las mascotas y los viajes, entre otros, se cuentan entre los temas y relatos predominantes en los ecosistemas mediáticos digitales.

Tampoco puede perderse de vista que el énfasis en la actividad de las audiencias pudo ser capitalizado por las tesis que durante este mismo periodo insistieron en la desregulación de los medios, pues si en última instancia las audiencias decodifican activamente los discursos no tiene mucho caso en plantearse políticas públicas en materia de comunicación.

Con todo, la tesis de que el significado no es inmanente al texto y que por tanto este no puede ser analizado exclusivamente en los textos mismos no puede hacerse un lado. Es decir, una conclusión preliminar de lo dicho hasta aquí puede ser obvia, pero no por ello fácil de traducir en investigación empírica y es que se requiere analizar discursos, pero también formas específicas de recepción, significación y apropiación de discursos. Sobre ello se dice mucho, pero se investiga poco.

Con los años, al menos en la experiencia en América Latina, el análisis de audiencias ha dado lugar a su vez a dos desplazamientos particularmente relevantes. Uno es que la pregunta por las mediaciones ha conducido a interrogarse por la cultura, como el referente en el cual se escenifican los procesos de recepción, los cuales a su vez configuran prácticas e instituciones culturales (Martín-Barbero, 1987, 2001). Jesús Martín-Barbero (1987) anota que la integración de los sectores mayoritarios de las sociedades latinoamericanas a ciertos referentes de nación y nacionalidad no se realizó a través de la cultura impresa, como fue frecuente en Europa, sino a través primero de la radio y luego de la televisión.

Un segundo desplazamiento, más reciente, que se opera a partir del análisis de las audiencias, es que este retoma la indagación de los derechos, años atrás asociados al debate por un Nuevo Orden de la Información y la Comunicación. Es decir, las audiencias no solo son agentes del discurso de los medios y se empiezan a conceptualizar como actores, quienes se interrogan por sus derechos, al tiempo que la comunicación y la información se asumen como bienes públicos

(Mata, 2006). Sin duda, la circulación de los debates acerca de la ciudadanía, no solo reducida a membresías y derechos políticos, y más considerada como una disputa constante y a menudo desigual por derechos, constituye un referente indispensable para comprender este giro de las audiencias como agentes a las audiencias como actores (Lister, 1997).

### NI APOCALÍPTICOS NI INTEGRADOS

La interrogación por los derechos de quienes antes eran considerados especialmente audiencias y ahora más actores se inscribe en un contexto de intensos cambios tecnológicos que han ido tomando forma en las dos primeras décadas del siglo XXI. Las posibilidades que ahora ofrece la digitalización de la producción, distribución y recepción de información, el acceso a la world wide web, y la conectividad ahora desde muy variados dispositivos móviles cambiaron los ecosistemas mediáticos. Baste recordar que la posibilidad de reunir un reloj, una máquina de escribir y un teléfono hubiese sido sencillamente impensable hasta hace relativamente pocas décadas. El teléfono celular desplazó a la computadora personal como el dispositivo móvil de referencia y reúne posibilidades que otrora no se concebían juntos. Tampoco era concebible que textos impresos, sonido, imágenes fijas e imágenes en movimiento pudiesen registrarse, editarse, distribuirse y ser recibidas en un mismo soporte digital. Estos cambios tecnológicos parecen producir una suerte de sedimentación, es decir, ciertos cambios se registran en los cambios más novedosos, al tiempo que saturan muy intensamente los más variados espacios de la vida cotidiana. Es decir, un medio acumula cambios que, a su vez, se recogen en una nueva innovación.

Este dinamismo ha traído consecuencias en términos de las prioridades de investigación, siendo la más notoria que el análisis de los discursos y las audiencias han cedido protagonismo al análisis de los medios propiamente dichos. El aforismo según el cual “el medio es el mensaje” (McLuhan, 1964/2003) está presente implícita o explícitamente en muy diversas formas. Quizá uno de los retos analíticos más importantes consista en apreciar las determinaciones que conlleva el cambio tecnológico sin que por ello se tenga que suscribir el determinismo tecnológico, que suele constituir a la tecnología en una de las ideologías más legitimadas de las últimas décadas. Al tiempo que los discursos echan mano de soportes o plataformas para acceder ciertas audiencias, la tecnología tiene una dimensión discursiva.

En este cambiante escenario, emergieron consideraciones muy persuasivas acerca de la tecnología. Una primera consideraría que la información es libre y estaría disponible para quien la quisiese emplear, algo que se ha visto refutado

por el análisis crítico de los algoritmos (Couldry, 2012). De igual efecto persuasivo ha sido la suposición de que las redes sociales en soporte digital inician formas de nuevas sociabilidades, las cuales borran la distinción entre quienes emiten y reciben.

No se trata de reproducir la conocida dicotomía entre apocalípticos e integrados (Eco, 1968), el cual ya ha ocurrido en otras épocas y que ilustra una tensión latente entre enfoques *críticos* y enfoques llamados *administrativos*, pero sí de puntualizar que redes siempre han habido y que las nuevas son un componente más del tejido social. Más aún, habría que interrogarse cuán sociales son las redes sociales. Es decir, cuánto de las redes sociales ilustra la tesis de que “ser es ser visto” (Sibilia, 2012) y no tanto vínculos duraderos, lo cual se expresa en la crisis de desconexión que caracteriza a las sociedades contemporáneas (Way et al., 2018) y la construcción de nuevos nodos de sociabilidad. No es que no haya nuevas formas de sociabilidad, pero al menos cabe la pregunta de si el individualismo estará pesando más que la dimensión social de las redes. Las plataformas y las redes podrían comprenderse en el contexto, ya descrito por Raymond Williams (1974), como privatización móvil, es decir, las nuevas formas de movilidad, tanto en términos de medios de transporte como de información, se acompañan de un incremento de la privatización de la experiencia social.

Valdría la pena registrar, además, cómo han cambiado los conceptos a partir de los cuales se analizan procesos de comunicación. Hasta hace unas dos décadas, predominaba un optimismo, marcadamente tecnológico, respecto al futuro y conceptos como *autopistas de la información*, *sociedad de la información* o *sociedad de redes* eran predominantes. Si bien nada de lo anterior sería necesariamente falso o descartable, incluía un peso normativo y de optimismo, que en cierto modo no otorgaba suficiente lugar a las relaciones de poder imbricadas.

Ello no se comprendería si no se tomara en cuenta que el auge tecnológico emerge en una coyuntura descrita como el *fin de la historia* (Fukuyama, 1990), es decir, la tecnología sería un soporte de un orden liberal que no encontraría oposición.

Sin embargo, poco a poco, fue ganando predominio, tanto en la discusión ciudadana como en la investigación académica, un cierto distanciamiento respecto a este optimismo tecnológico. El escándalo en torno a Cambridge Analytica pudo haber reforzado este desplazamiento y se estaría de regreso, ahora en los tiempos de las plataformas, al reconocimiento de “efectos fuertes” de los medios y ello se manifiesta en conceptos como *noticias falsas* o *desinformación*. Conviene contextualizar dichos conceptos tanto en términos históricos como teóricos o analíticos. En términos históricos, se podría trazar el empleo del concepto de desinformación, que aparece, al menos en América Latina, en la década de 1970 en estudios de medios de comunicación. Con influencia de los estudios

de la teoría de la dependencia, los estudios sobre desinformación subrayaron las desigualdades en los modos en que se daba cuenta del acontecer público de la época y las implicaciones que ello tenía en términos de los discursos de los medios. Poco tiempo después, este tipo de debates llegaron a la Unesco y se produjeron documentos muy importantes, como el Informe McBride. Luego el Gobierno de los Estados Unidos recortó presupuesto a la Unesco, y el concepto perdió el protagonismo que tuvo.

Entre aquel periodo y el presente, habría un elemento nuevo y es que hoy existen redes sociales que pueden amplificar el rango de desinformación y no siempre el activismo ciudadano echa mano de ellas para contrarrestarlo. El Centro Latinoamericano de Investigación Periodística (CLIP) ha revelado la presencia de *mercenarios digitales* quienes, echando mano de plataformas, han incidido en las redes elecciones en Brasil, Perú, Honduras y Costa Rica. En el caso de Costa Rica, por ejemplo, un grupo de WhatsApp de unas 500.000 personas, mayormente conformado por personas quienes viven en difíciles condiciones económicas, interactúan con un *bot*, el cual simulaba ser el entonces candidato y hoy presidente de Costa Rica.

Una segunda línea de reflexión sería examinar los alcances de la noción de noticias falsas, que parece hacer eco del concepto de *manipulación*, poco empleado en la actualidad, pero ampliamente discutido décadas atrás. Un rasgo específico del concepto de noticias falsas alude a una alteración factual, deliberada, bien referida a actores, eventos, instituciones o acontecimientos más amplios. Las noticias falsas remiten más a materiales de redes sociales y no tanto producidas por instituciones periodísticas o bien habría mucho menos trabajo sobre noticias falsas producidas deliberadamente desde medios de comunicación.

Analíticamente, noticias falsas contribuyen a describir aquello que tiene una intención deliberada. Llama la atención, mientras tanto, que no se emplee la expresión “noticias verdaderas”, lo cual se explicaría porque “noticia” es de suyo, por así decirlo, “verdadera”, que sería lo opuesto a “falso”. Lo mismo se podría decir en el caso de “desinformación”, cuyo contrario sería “información”, que se asumiría como “verdadera” también.

Junto con la crítica a la desinformación deliberada que hoy se conoce como noticias falsas y posverdad, no puede perderse de vista que tanto las noticias como la información, aún y cuando sean veraces y documentadas en términos fácticos, nunca son un calco, por decirlo así, de la realidad; siempre y en todos los casos, hay una mediación del lenguaje para producir y *consumir* cualquier enunciado, sea este verbal o no. Persiste pues la enorme interrogante de cómo el acontecer público se constituye en narrativas mediáticas (Martín Serrano, 1986) y cómo dichas narrativas se inscriben en la vida cotidiana.

Este reto se vuelve aún más complejo en la medida en que la misma noción de qué es lo público, es decir, aquellas dimensiones de la vida indispensables para la vida en sociedad se han difuminado. La erosión de lo público vuelve más difícil contar con referentes compartidos. Las noticias falsas y la posverdad formarían parte de esta erosión de referentes compartidos; se trata de la expresión discursiva de cambios institucionales de gran calado.

Algo semejante se podría decir de la expresión *captura de los medios*, la cual parece indicar que, con anterioridad, los medios o para el caso cualquier institución, pública o privada, sería “independiente” (no capturada) y ahora responde a intereses corporativos del gran capital. Al respecto, habría que reiterar que las instituciones siempre se construyen desde ciertos intereses y ciertas relaciones de poder. A ello habría también que agregar que, en sociedades con tradiciones liberales más consolidadas, instituciones de medios o de cultura han dispuesto de autonomía que en tiempos recientes se podría haber cercenado por el predominio neoliberal. Ello sería más difícil de sostener en Centroamérica en donde esa relativa independencia y autonomía nunca ha existido ni por asomo plenamente. En síntesis, en Centroamérica, los medios públicos o privados no podrían haber sido capturados, pues nunca han sido libres en el sentido liberal del término.

El desplazamiento del péndulo hacia enfoques críticos sobre las plataformas y redes sociales tiene el reto tanto de evitar la adopción acrítica de enfoques, ya analizado tempranamente por Luis Ramiro Beltrán (1977), como adoptar interpretaciones que no por ser críticas ofrecen interpretaciones novedosas de los vínculos entre discursos, audiencias e industrias. Nicholas Garham (2011, p. 42), quien por años abogaba por la economía política de los medios, anotó que esta se ha convertido una “cansada y limitada ortodoxia”, “un eufemismo para una vaga, cruda y poca auto cuestionada forma de marxismo”.

## CONSIDERACIONES FINALES

Este artículo ha procurado mostrar la centralidad de los vínculos discursos, audiencias y medios o plataformas, tanto en lo que respecta al estudio de medios tradicionales como en los entornos mediáticos contemporáneos. Más que seguir la trayectoria de péndulo, en la que un desplazamiento hacia un extremo tiende a producir luego un desplazamiento inverso, a lo mejor un reto mayor en los estudios en comunicación consista en cómo sostenerse en las preguntas y no en la preeminencia de enfoques y métodos de trabajo. Asimismo, ha insistido en inscribir los procesos comunicativos en contextos socioculturales más amplios y en coyunturas específicas, lo cual podría prevenir el llamado *mediacentrismo*,

según el cual los procesos comunicativos son una especie de mantra que explica las sociedades contemporáneas.

Para finalizar, se apuntan cuatro retos que se consideran particularmente relevantes para el trabajo de investigación, docencia e incidencia en el campo de la comunicación. El primer reto se refiere a la paradoja de que en una época en que la humanidad cuenta con tantos recursos y plataformas tecnológicas, la comprensión del acontecer público pareciera ser difícil de alcanzar y ello incide también en prácticas cotidianas, que se expresan en las llamadas noticias falsas, que incluso condujeron a gobiernos y colectivos a rechazar las vacunas contra la covid-19.

Un segundo reto es cómo comprender que, en Centroamérica, sean los sectores más conservadores los que capitalicen el desencanto generado por la exclusión social y la falta de oportunidades. El autoritarismo populista ha sido la respuesta frente a la exclusión y la falta de oportunidades. Los malestares no parecen encontrar una narrativa que los elabore a pesar de la diversificación de plataformas de comunicación. Lo político pues supera con creces la política y ello produce desencanto al tiempo que abre las puertas al populismo autoritarismo. Ello pasa, no exclusivamente pero sí de manera significativa, por la ausencia de narrativas colectivamente construidas que articulen actores, demandas y horizontes de posibilidad. Ser excluidos/as de la capacidad de narrar/se o verse es tan estructural o crucial como la exclusión material (Sandoval, 2011).

Para finalizar, la producción social de sentido, aquello que es constitutivo de la comunicación (Sandoval, 2011), no solo radica en el análisis de los discursos existentes. Acaso su mayor relevancia radique en el estudio de aquellas ausencias que estructuran lo que existe. A partir del reconocimiento de las ausencias, es de la mayor relevancia contribuir a la construcción de universos de sentido que puedan configurar nuevas narrativas, en las que vastos sectores sociales, a menudo excluidos de la posibilidad de traducir su experiencia vivida en narrativa pública reconocida, puedan representarse. Un reto comunicacional de gran calado es acompañar la emergencia de narrativas emancipadoras que eviten que tanta experiencia resulte desperdiciada. ■

## REFERENCIAS

- Abril, G. (1997). *Teoría general de la información*. Cátedra.
- Althusser, L. (1988). *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. Nueva Visión.
- Ang, I. (1991). *Desperately seeking the audience*. Routledge.
- Barthes, R. (1986). *Mitologías*. Siglo XXI.
- Beltrán, L. R. (1977). Premisas, objetos y métodos foráneos en la investigación sobre comunicación en Latinoamérica. *Cuadernos Ininco*, 1, 247-273.

- Brah, A. (1999). The scent of memory: Strangers, our own, and others. *Feminist Review*, 61, 4-26.
- Chakrabarty, D. (2000). *Provincializing Europe*. Princeton University Press.
- Couldry, N. (2012). *Media, society, world. Social theory and digital media practice*. Polity.
- Eco, U. (1968). *Apocalípticos e integrados*. Lumen.
- Eco, U. (1974). *La estructura ausente*. Lumen.
- Foucault, M. (2005). *El orden del discurso*. Tusquets.
- Fuentes-Navarro, R. (2015). *Centralidad y marginalidad de la comunicación y su estudio*. Iteso.
- Fukuyama, F. (1990). ¿El fin de la historia?. *Estudios Públicos*, (37), 5-31.
- Garham, N. (2011). The political economy of communication. In J. Wasko, G. Murdock & H. Sousa (Eds.), *The handbook of political economy of communications* (pp. 41-62). Wiley-Blackwell.
- Hall, S. (1979). The great right moving show. *Marxism Today*.
- Hall, S. (1980). Encoding/decoding. In S. Hall, D. Hobson, A. Lowe & P. Willis (Eds.), *Culture, media, language. Working papers in cultural studies, 1972-1979* (pp. 128-139). Routledge.
- Hall, S. (2010). *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Envión.
- Hall, S., & O'Shea, A. (2013). Common sense neoliberalism. *Soundings*, 55, 9-25.
- Larraín, J. (2010). *El concepto de ideología* (Vol. 2). LOM.
- Lister, R. (1997). *Citizenship. Feminist Perspectives*. Polity.
- Lotman, I. (1996). *La semiosfera I. Semiótica de la cultura y del texto*. Cátedra.
- Martín-Barbero, J. (1987). *De los medios a las mediaciones*. Gustavo Gilli.
- Martín-Barbero, J. (2001). *Oficio del cartógrafo*. Fondo de Cultura Económica.
- Martín-Barbero, J., & Muñoz, S. (Coords.). (1993). *Televisión y melodrama. Tercer Mundo*.
- Martín Serrano, M. (1986). *La producción social de la comunicación*. Alianza Universidad.
- Mata, M. C. (2006). Comunicación y ciudadanía. Problemas teórico-políticos de su articulación. *Revista Fronteiras: Estudos Mediáticos*, 8(1), 5-15.
- Mattelart, M. (2007). Mujeres y medios. Memorias de un pensamiento crítico. In M. J. S. Leyva & A. R. Olaizola (Coords.), *Crítica feminista y comunicación* (pp. 29-55). Comunicación Social.
- McLuhan, M. (2003). *Understanding media: The extensions of man*. Gingko Press. (Trabajo original publicado en 1964)
- Morley, D. (1980a) The Nationwide Audience. British Film Institute.

- Morley, D. (1980b). Texts, readers, subjects. In S. Hall, D. Hobson, A. Lowe & P. Willis (Eds.), *Culture, media, language. Working papers in cultural studies, 1972-1979* (pp. 163-176). Routledge.
- Nightingale, V. (1996). *El estudio de las audiencias. El impacto de lo real*. Paidós.
- Orozco, G. (1991). *Recepción televisiva: Tres aproximaciones y una razón para su estudio* (Vol. 2). Cuadernos de Comunicación y Prácticas Sociales.
- Radway, J. (1984). *Reading the romance women, patriarchy, and popular literature*. University of North Carolina Press.
- Sandoval, C. (2011). De los medios a los fines. La comunicación como bien público. *Revista Latinoamericana de Comunicación*, (13), 60-70.
- Scott, J. (1992). *Feminists theorize the political*. Routledge.
- Sibilia, P. (2012). *La intimidad como espectáculo*. Fondo de Cultura Económica.
- Silverstone, R. (1996). *Televisión y vida cotidiana*. Amorrortu.
- Thompson, E. (1982). *La miseria de la teoría*. Grijalbo.
- van Dijk, T. (1990). *La noticia como discurso. Comprensión, estructura y G de la información*. Paidós.
- Way, N., Ali, A., Gilligan, C., & Noguera, P. (Eds.). (2018). *The crisis of connection. Roots, consequences, and solutions*. University of New York Press.
- Williams, R. (1974). *Television. Technology and cultural form*. Routledge.
- Williams, R. (1988). *Marxismo y literatura*. Península.
- Zallo, R. (1992). *El mercado de la cultura. Estructura económica y política de la comunicación*. Tercera Prensa.

---

Artículo recibido el 8 de agosto de 2023 y fue aprobado el 20 de septiembre de 2023.